

EL EXILIO COMO LITERATURA Y LA LITERATURA COMO LUCIDEZ

Jorge URRUTIA

Universidad Carlos III de Madrid

Palabras clave: exilio, guerra civil, Intelectuales, España

Resumen: Cuando se habla del exilio de intelectuales españoles tras la guerra civil de 1936-1939 se consideran unidas a personas que salieron del país en distintos momentos y por motivos diversos. Además, se estima muchas veces que, en el interior, no hubo más que escritores o pensadores proclives al nuevo régimen, cosa que los propios exiliados nunca creyeron. Conviene, pasados ya tantos años, recomponer el panorama real de la intelectualidad española bajo la segunda dictadura y preguntarse por las razones que mantienen aún ese cruel episodio de la historia presente en el imaginario actual.

Mots clés : exil, guerre civile, intellectuels, Espagne

Résumé : Quand on parle de l'exil des intellectuels espagnols après la guerre civile de 1936-1939 on vise à la fois ceux qui ont quitté le pays à différents moments et pour différentes raisons. En outre, on estime que, à l'intérieur, il n'y avait que des écrivains et penseurs qui défendaient le nouveau régime, ce que les exilés jamais n'ont jamais cru. Il faudrait, après tant d'années, recomposer l'image réelle de l'intelligentsia espagnole sous la deuxième dictature et se demander les raisons qui soutiennent cet épisode si cruel de l'histoire dans l'imaginaire actuel.

Keywords: exile, civil war, intellectuals, España

Abstract: When we speak about the exile of Spanish intellectuals after the civil war of 1936 - 1939 people who left the country in different moments and for different reasons are considered. Besides, we many times estimate that, inside, there were only writers or thinkers supporting the new regime, what the own exiles never believed. We should, so many years after, rebuild the real picture of the Spanish intellectuality under the second dictatorship and ask ourselves for the reasons that still keep that cruel episode of the present history on the current imaginary.

Para Schopenhauer, la muerte es el verdadero genio inspirador de la filosofía. Pero en la naturaleza, junto a cada mal viene unido un remedio, o al menos una cierta compensación. El razonamiento que crea la noción de la muerte procura al hombre ciertas opiniones metafísicas que lo consuelan. Buscamos, pues, siempre un modo de conformarnos o, al menos, de aligerar aquel peso del que no somos en verdad los causantes directos. El arte actúa como liberador de la angustia, incluso llena de entusiasmo al ser humano, aunque la pervivencia de esa liberación sea corta y conduzca, según el filósofo alemán, a la renuncia de cualquier voluntad de vivir activo, dando paso a la contemplación.¹

Puede ser el exilio una pequeña muerte y el temor al olvido. Ya Ovidio, desde el destierro, enviaba su libro a Roma por dejar constancia de sí mismo. La literatura del transterrado es, sin duda, una constante histórica. Muchos exilios vienen produciéndose cada día en el mundo y, aunque cada uno difiera de los otros, ninguno deja de ser cruel con el ser humano que lo padece, ni deja de herir los

¹ Véanse los apéndices a *El mundo como voluntad y como representación*. El capítulo al que me refiero en estos párrafos se recoge en el tomito *Métaphysique de l'amour. Métaphysique de la mort*.

sentimientos democráticos y de justicia. Sin embargo, hablar de exilio en una época en la que se repiten términos como «mundialización» o «globalización» pudiera resultar confundidor. Más allá de la crisis actual, la economía que se pretende sin fronteras ha hecho normal que determinadas clases de profesionales vivan en lugares muy distintos geográfica y culturalmente de su lugar de origen, con el afán de obtener mayores ganancias, mejor historial profesional o una experiencia peculiar. Tampoco resulta extraño esto entre los artistas.

Ahora bien, cuando en la España contemporánea se habla del exilio de nuestros escritores, se piensa inmediatamente en el éxodo que provocó la guerra civil de 1926-1939, aunque no hay sido el único, desde Garcilaso a los liberales del Romanticismo. Resulta sintomático de cómo la contienda dejó una trágica huella en dos generaciones. Si ello es así, es también justo que recordemos el exilio de la guerra y a los exilados. Pero existe una mitificación del escritor del exilio, más allá de la razón y la calidad de su obra, con la que no comulgo.

Estimo, por de pronto, que nuestra labor debería ser ya, no tanto recordar el éxodo, como preguntarnos por qué no lo hemos olvidado. ¿Cuál es el motivo de mantener aún abierta una llaga que recuerda unos tremendos versos de Antonio Machado? El poeta lo vio bien, no es tan grave que fluya sangre la herida como que no sepamos digerirla e, incluso, que nos emborrachemos con ella.

Han pasado 78 años de la guerra civil y 39 de la muerte del general Franco. ¿Qué francés se preocupaba en 1948 de la famosa derrota en Sedan, de 1870? ¿O, en 2007, de la cuestionada revolución de mayo del sesenta y ocho? ¿Qué neozelandés vivía aún en 1993 culturalmente afectado por la cruenta y prolongada batalla de Gallípoli, una tragedia para sus jóvenes de 1915? Me replicarán que no es lo mismo y tendrán razones. A los españoles, de puertas para adentro, lo nuestro siempre nos parece distinto y peor. La

diferencia —importante diferencia— es que padecemos una guerra civil y no un enfrentamiento internacional.

Se afirma que las guerras civiles dejan una marca difícilmente borrable. Recordemos la omnipresencia de la guerra de secesión en la cultura norteamericana. Ahora bien, ese enfrentamiento entre unionistas y confederados tiene ya en el imaginario estadounidense un sentido cultural más que político. Por otra parte, si se me permite una punta de cinismo, la historia de España es una historia de guerras civiles; deberíamos habernos acostumbrado. Escribió Gabriel Celaya, poeta nada sospechoso de connivencia con el franquismo, en un poema que reclamaba la importancia del presente: «Nosotros somos quienes somos. / ¡Basta de Historia y de cuentos! / ¡Allá los muertos! Que entierren como Dios manda a sus muertos».

Sin embargo, mantenemos abierta la herida de la guerra civil y del exilio. ¿A qué se debe esta perseverancia? Tal vez la herencia católica nos encamine siempre por la senda del ascetismo y de la autoflagelación.

Todo esto ha conllevado una mixtificación de la literatura del exilio y una minusvaloración del exilio interior, con las excepciones que podamos poner sobre la mesa en cada caso. Incluso ha provocado que la literatura española entre 1939 y 1975 se considere en los manuales escolares, prácticamente como la suma de una producción exiliada progresista y otra producción escrita en el interior, bien conservadora, bien decorativa o sentimental. Es decir, como en tantas ocasiones sucede en la crítica hispánica, el territorio condiciona la estética y la ideología.

Curiosamente, no fue así entre los intelectuales exiliados quienes, en un duro examen de conciencia tras la pequeña muerte de la salida de España, pronto buscaron resolver su vida, no diría sólo exterior, sino también y sobre todo interior. El poeta León Felipe, en el libro *Español del éxodo y el llanto* (1939) considera, como tantos, que hay

dos Españas: «La España de las harcas no tuvo nunca poetas. De Franco han sido y siguen siendo los arzobispos, pero no los poetas», por eso les dice a los que permanecen en la Península:

Tuya es la hacienda,
la casa,
el caballo
y la pistola.
Mía es la voz antigua de la tierra.
Tú te quedas con todo
y me dejas desnudo y errante por el mundo...
mas yo te dejo mudo... ¡Mudo!
¿Y cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego
si yo me llevo la canción? (León Felipe, 2004: 270).

Estos versos pasaron por varias redacciones, pero siempre mantuvieron el mismo tono y prácticamente las mismas palabras. Al fin y al cabo, según había dicho Schopenhauer, el arte actúa como liberador de la angustia. Pero en 1958, prologa León Felipe el libro de Ángela Figuera Aymerich *Belleza cruel*, que había obtenido el Premio de Poesía «Nueva España» de la Unión de Intelectuales Españoles en México, como pocos años antes Leopoldo de Luis había obtenido en 1952 el Premio «Pedro Salinas» convocado por el Ateneo Español, también de México. Y en 1956 Max Aub impartió unas conferencias en El Colegio de México bajo el título *Una nueva poesía española*. Ya no puede León Felipe sostener aquella posición de 1939. Hay una España del interior que no es franquista y, poco a poco, ha ido expresándose e, incluso, es reconocida por los órganos del exilio. Por eso empieza el prólogo al libro de Ángela Figuera en estos términos:

Con estas palabras quiero arrepentirme y desdecirme, Ángela Figuera Aymerich... de cosas que uno ha dicho, de versos que uno ha escrito... / Porque yo fui el que dijo al hermano voraz y vengativo, cuando, *aquel día*, nosotros, los españoles del éxodo y del llanto, salimos al viento y al mar, arrojados de la casa paterna por el último postigo del huerto... Yo fui el que dijo: [...] Y ¿cómo vas a recoger el trigo / y a alimentar el fuego / si yo me llevo la canción?

El poeta explica lo que para él es ya la realidad:

Fue éste un triste reparto caprichoso que yo hice, dolorido, para consolarme. Ahora estoy avergonzado. Yo no me llevé la canción. *Nosotros* no nos llevamos la canción. Tal vez era lo único que no nos podíamos llevar: la canción, la canción *de la tierra*, la canción que nace *de la tierra*, la canción *inalienable de la tierra*. Y nosotros, los españoles del éxodo y el viento... ¡ya no teníamos *tierra!* / Vosotros os quedasteis con todo: con la tierra y la canción.

Pero va más allá:

De este lado nadie dijo la palabra justa y vibrante. Hay que confesarlo: de tanta sangre a cuestras, de tanto caminar, de tanto llanto y de tanta injusticia... no brotó el poeta. / Y ahora estamos aquí, del otro lado del mar, nosotros, los españoles del éxodo y del viento, asombrados y atónitos oyéndoos a vosotros cantar: con esperanza, con ira, sin miedos...

Desde su exilio mexicano, el viejo poeta comprende que el exilio, pese a lo que habían pensado, no puede vivir del recuerdo, de la

posesión de un pasado que fluye vencido por el presente. Y concluye: «Esa voz...esas voces...Dámaso [Alonso], [Blas de] Otero, [Gabriel] Celaya, [José] Hierro, [Victoriano] Crémer, [Leopoldo] de Luis, Ángela Figuera Aymerich... los que os quedasteis en la casa paterna en la vieja heredad acorralada... Vuestros son el salmo y la canción».

Este texto de León Felipe está fechado en junio de 1958. El exilio ha sufrido un vuelco definitivo. España, pese a todo, sigue viva y sus gentes pueden decir con razón los tres versos finales del libro de Ángela Figuera: «Haremos entre todos cuenta nueva. / Quiero vivir. Lo exijo por derecho. / Pido la paz y entrego la esperanza». (Son unos versos éstos que —digámoslo entre paréntesis y creo que es importante decirlo en estas fechas— demuestran cómo el espíritu de la transición lo planteó temprano el pensamiento de la izquierda.)

Que esta posición del exilio tuviese algo que ver con la declaración «Por la reconciliación nacional, por la solución democrática y pacífica del problema español», que publicara por el Partido Comunista de España en 1956, y otros escritos de la época en similar tono es algo que no sé, pero un documento emitido en México por un Frente Universitario Español dice, en su segundo apartado, que busca la concordia a través del diálogo, «vehículo para conocernos después del tiempo transcurrido en el aislamiento espiritual, material separación y forzado silencio». Y advierte: «Esta invitación al diálogo no supone ni abdicación de las ideas propias ni exigencias al interlocutor para que abdique de las suyas» (Juliá, 2014: 392).

Resultaba del todo evidente a finales de los años cincuenta que los intelectuales exiliados, lo confiesen o no, han perdido la esperanza de un retorno pronto a España y han tenido que admitir cómo, en el interior, por un lado existe una generación nueva y, por otra parte, alcanzaron la madurez los jóvenes combatientes republicanos que habían permanecido en el país, por los motivos que fueran (de localización geográfica, por estar prisioneros, debido a obligaciones

familiares...), y que, en 1939, aún no tenían una obra literaria cuajada.

Hay diferencia entre aquellas palabras de León Felipe en 1958 y la manera de pensar, quince años antes, de José Bergamín o de Francisco Martínez Allende. Éste último, un autor y director de teatro, publicó en La Habana, en 1941, impreso por Manuel Altolaguirre con sello de la editorial Séneca, que fundara en México José Bergamín, el drama *Camino leal*. Se había, sin embargo, fechado en el campo de concentración francés de Montolieu, el año 1939, a poco, por lo tanto, de terminar la guerra civil. Hoy podemos leerla fácilmente gracias a esta una excelente edición llevada a cabo por Juan Antonio Hormigón.

No sabemos si la obra se escribió en el campo de Montolieu o si ya se había escrito antes, e incluso representado, y en aquel encierro el autor la pulió y puso en limpio. Parece, eso sí, por una nota a pie de página del propio Martínez Allende, que éste decidió sustituir el título inicial, *Al resplandor de la hoguera*, por el de *Camino leal*. Tal vez esto se debiera a que Bergamín escribe, en el prólogo que le puso a la obra, que el título no le parecía «enteramente feliz». Ese prólogo de Bergamín tiene, a su vez, como título: «La vuelta». Acudamos a las líneas bergaminianas para aclarar su significación.

Alaba, evidentemente, la obra, por saber concentrar «la grandeza heroica sostenida por los asturianos, desde años, contra la opresión y la injusticia de que fueron víctimas». Se detiene a continuación a tratar el tema de la venganza, pues no se puede separar la justicia de la venganza. Ésta ha marcado siempre las «sangrientas revueltas populares». Pese a la derrota frente a las tropas franquistas —que no se nombra— nunca se habría apagado el rescoldo de la lucha, extendida a todo el país. Y el rescoldo permanecería no sólo entre los exiliados pues, según Bergamín, «ese resplandor, ese reflejo, nos llega cada día más claramente de todas las tierras de España». He

aquí la razón de que exclame: «¡La vuelta! ¿La vuelta?». Primero entre exclamaciones, luego entre interrogaciones.

La introducción de José Bergamín, pues, toma no tanto la hoguera del primer título (*Al resplandor de la hoguera*), como su resto escondido, ese rescoldo que alienta y permitirá el retorno de los transterrados. La idea de la vuelta se expandiría, sin duda, por toda España y se prepararía el regreso. Pero presiente un peligro. Era necesario procurar que no se impusiera la venganza: «Espanta pensar —dice Bergamín— el empuje que pueda tener esa llamarada de justicia vengadora de tanta sangre como la que se vertió injustamente». La sangre, metaforizada en rescoldo, «aviva la hoguera». Y termina preguntándose si no habrá que procurar que, con el retorno, la violencia que resurja venga motivada esta vez sólo por la esperanza.

Me he querido detener en este prólogo porque me parece representativo de un sentimiento de reconciliación nacional que estaba surgiendo en algunos exilados a poco de acabar la guerra y del que se ha hablado escasamente. Gonzalo Santonja (1997), en su libro lo explica porque existía «la creencia de un próximo regreso triunfal a España, repuesta la República por las democracias vencedoras del nazismo», y cierta parte del exilio se espanta ante el empuje que pudiera tener una llamarada de justicia vengadora. Esta es la posición de Bergamín que se aprecia en este prólogo que he citado y en su libro *Detrás de la cruz: terrorismo y persecución religiosa en España*.

No deja de sorprender este prólogo para una obra que empieza con el protagonista, Teleño, inmerso en la revuelta asturiana de 1934. De ella también había tratado Albert Camus en aquel ensayo de creación colectiva que preparase junto a tres compañeros del Théâtre du Travail, en Argel, el año 1935, titulada *Revuelta en Asturias*, y con ella la pieza de Martínez Allende mantiene más de un punto de coincidencia.

Después de ese inicio teatral en la revolución del treinta y cuatro, la obra sigue la guerra civil hasta la toma de la región por el franquismo y termina con Teleño y sus compañeros, ya convertidos en guerrilleros, cercados por el ejército rebelde y con la guardia civil registrando la casa del héroe. Al final, una gran explosión anuncia que los guerrilleros consiguieron el golpe de mano proyectado. La conclusión de la obra no es, pues, que quede un simple rescoldo, sino un verdadero incendio. ¿Sería eso lo que le hiciera pensar a Bergamín en el peligro de un posible retorno sediento de venganza?

Pasemos por algo las simplificaciones que un teatro de este tipo conlleva, para destacar la figura de Teleño que no es monolítica, sino que comete imprudencias y se ofrece debilitado por el amor a la familia. Éste es un detalle importante porque, como se aprecia también en la poesía republicana de guerra, son más revolucionarios las consignas que el verdadero contenido de los textos.

Realmente, la producción literaria de la guerra, más que plantear conceptos revolucionarios, busca combatir la injusticia. Podemos pensar que, reclamar justicia ya era revolucionario en ese momento de la historia de España, y es verdad, pero quiero insistir en cómo la mayoría de los textos no reclaman sino la tierra y las figuras de la madre o del hijo. Ello explica, muy probablemente, por qué el partido comunista pudo arrastrar entonces a tantas gentes que, en puridad, no podían ideológicamente defender el marxismo, o bien por qué pudieron aquellos jóvenes revolucionarios adaptarse tan rápidamente a los modos de una burguesía liberal (lo que dice mucho de la absoluta ceguera de los rebeldes).

El propio Francisco Martínez Allende, combatiente y responsable comunista durante la guerra civil, destacado hasta el punto de formar parte de la delegación oficial española en el famoso viaje a la Unión Soviética en 1937 con motivo del Festival de Teatro de Moscú, debió de ingresar en el Partido probablemente, como tantos,

como el mismo Miguel Hernández que fuera compañero del viaje a Rusia, en los primeros meses de la guerra civil. En 1939, tras la nula resistencia de la ciudad de Barcelona al empuje franquista, parte hacia el exilio francés. Consigue luego trasladarse a América: Santo Domingo y Cuba, país éste en el que lleva a cabo una amplia labor teatral.

Pero en 1947 marcha a la Argentina, donde ya había vivido en su primera juventud, y se incorpora al teatro comercial y al cine (interpreta con éxito once películas entre 1947 y 1954, cuando fallece). Que ya no tiene una postura política tan avanzada se demuestra porque, en 1951, interpreta *Café cantante*, dirigido por Antonio Momplet, un director gaditano instalado en Argentina desde 1937 y que en 1952 ya estaba trabajando a pleno rendimiento en España y presentando sus películas al festival de San Sebastián. La protagonista femenina de *Café cantante* fue, ni más ni menos, que Imperio Argentina, conocida actriz ligada al nazismo.

El texto de José Bergamín que introduce *Camino leal* es, por todo ello, sumamente esclarecedor. Con toda probabilidad Bergamín, Martínez Allende y el poeta e impresor del libro, Manuel Altolaguirre (que muy pronto empezaría a reescribir sus poemas de guerra eliminando las expresiones más militantes), también el íntimo amigo de Altolaguirre y su mujer Concha Méndez, Luis Cernuda y otros, pensaban que el retorno a España estaba próximo. Aún ponían en circulación obras, no sé si todas revolucionarias, pero que indudablemente reclamaban la justicia y pretendían la defensa de las clases trabajadoras, cuya acción y venganza futuras se manifiestan simbólicamente en una explosión que deja a los guardias paralizados y a los espectadores de *Camino leal* a la espera de un final que no llega. Muy poco después, todos ellos, escritor, poetas y dramaturgo, se integran en una burguesía liberal (y, como decía mi maestro Alonso Zamora Vicente, «izquierdosa») donde se sienten cómodos.

Frente a quienes, por su activa militancia política, profesionalizaron el exilio —recordemos aquel emocionante libro que dio a conocer en Occidente al poeta turco Nazim Hikmet: *C'est un du métier que l'exil* (Es un duro oficio el exilio)—, frente a ellos, otros exiliados buscan hacerse plenamente al país de acogida, integrarse en él. Llevándolo al terreno, no idéntico, de la emigración, piensen la diferencia entre el cantante Paco Ibáñez y el primer ministro Manuel Vals.

Un problema que plantea a los estudiosos el exilio es su falta de unicidad. Los exiliados no salieron del país ni todos juntos ni por los mismos motivos, actuasen y dijese después lo que quisieran. Considerándolos en bloque se comete un error metodológico, un fallo histórico y, desde el punto de vista moral, una villanía contra quienes permanecieron en España.

No es éste el lugar para analizar pormenorizadamente toda la casuística del exilio pero, al menos, me gustaría plantear algunas distinciones. Bajo el término *exiliados* agrupamos distintas peripecias personales.

1) Están quienes se fueron de España entre 1936 y 1939 para huir de la guerra civil, fuese cual fuese su modo de pensar y que permanecieron después en el extranjero. Unos habían llevado a cabo manifestaciones republicanas (Juan Ramón Jiménez), otras habían participado, por los motivos que fueran, en actividades de los rebeldes (es el caso de Jorge Guillén, quien después de traducir la «Oda a los mártires españoles», de Paul Claudel, pretexta la estancia de su esposa francesa y de sus hijos en Francia para marchar a reunirse con ellos; más tarde escribiría textos claramente antifranquistas, pero están documentados sus viajes a España ya en 1951).

2) Consideramos también exiliadas a personas que vivían fuera de España antes de 1936 y que permanecieron en su residencia extranjera, vinieran o no al país durante la guerra civil (Josefina Pla, Juan Larrea).

3) Otros intelectuales, al terminar la guerra, estaban desempeñando en el extranjero funciones encomendadas por el gobierno de la República (Francisco Ayala). No siempre fueron bien vistos por quienes sufrían directamente la contienda. Luis Cernuda, en el poema «Elegía Española [I]», escribe: «Mira cuántos traidores, / Mira cuántos cobardes / Lejos de ti en fuga vergonzosa».

Y Miguel Hernández, poeta combatiente, es aún más duro en el poema «Los hombres viejos»:

Los veréis adheridos a varios ministerios,
a varias oficinas por el ocio amuebladas.
Con el sexo en la boca canosa, van muy serios,
trucosos, maniobreros, persiguiendo embajadas.

Los veréis sumergidos entre trastos y coños
internacionalmente pagados, conocidos:
Pasear por Ginebra los cojones bisonos
con cara de inventores mortalmente aburridos.

[...] Hemos de destrozaros en vuestras legaciones,
en vuestros escenarios, en vuestras diplomacias.
Con ametralladoras cálidas y canciones
os ametrallaremos, prehistóricas desgracias.

4) Más conocidos son aquellos a quienes se les ofrecieron medios para salir de España y los aceptaron, no atreviéndose a permanecer defendiendo a la República hasta el final (Rafael Alberti, María Teresa León).

5) Otras personas salieron en 1939 arrastrados por el ejército republicano del Este, perseguidos por la llegada de las tropas vencedoras (Antonio Machado, Segundo Serrano Poncela).

6) Ya en los años cuarenta y primeros cincuenta, hubo quienes, habiendo combatido en las filas de la República, y después de pasar por campos de concentración y cárceles, encontraron modos de salir del país (Germán Bleiberg, Pascual Pla y Beltrán).

7) E, incluso, consideramos exiliados a algunos que llegaron a desempeñar cargos importantes en el nuevo gobierno de la dictadura, pero que se fueron al extranjero por intereses personales o laborales (Ricardo Gullón).

Vemos, por lo tanto, que la casuística es muy variada y que el término exilio pudiera resultar en muchos casos abusivo. La existencia en español de cuatro verbos específicos (emigrar, expatriar, desterrar y exiliar), con los cuatro sustantivos correspondientes (emigrado, expatriado, desterrado y exiliado) permiten hacer las matizaciones oportunas.

El emigrante abandona la residencia habitual en busca de mejores medios de vida. Así sucedió (siempre refiriéndonos a escritores) con aquellos que, por ejemplo, buscaron, sin presión política grave, o incluso sin ninguna presión política, impartir docencia en universidades extranjeras. La forma *emigrante* expresa una voluntariedad que no está en *emigrado*, y designa al que marcha obligado por circunstancias políticas, sin sanción judicial o gubernamental ya que, en este caso, sería un *desterrado*.

El exilio es una pequeña muerte que obliga a una reflexión sobre la vida. Y, tal como escribía Schopenhauer de la reflexión sobre la muerte, el razonamiento que crea aquella noción procura al hombre ciertas opiniones que lo consuelan. Por ejemplo, ya Séneca, desterrado a Córcega por el emperador Claudio, le escribe a su madre: «Mientras me sea dado contemplar el sol y la luna, mientras pueda detener la mirada en otros planetas, [...] ¿qué importa cuál sea el suelo que piso?». El pensador nacido en Córdoba quita gravedad

a su exilio al asegurar que lo valioso es la persona, no afincada en una tierra determinada, sino en el universo. Esa relación mayor no puede nadie interrumpirla, porque los recursos más importantes a nuestro alcance son, precisamente, la naturaleza y la virtud individual.

En la historia universal del exilio, podríamos, por lo tanto, distinguir dos conceptos enfrentados en este caso, el de un ser humano pleno, que busca entenderse en relación con el mundo como totalidad, y el de ciudadano de un país particular, cuya pertenencia condiciona el modo de ser y de sentir. Pero queda aún un concepto más, que nos recuerda Claudio Guillén en el repaso histórico que lleva a cabo en el libro *El sol de los desterrados*. Por ejemplo, Arístipo de Cirene, en el siglo IV a.C., asegura: «Yo no me reduzco a ningún país en particular. Soy extranjero en todas partes». Y ésta es una postura muy propia del intelectual que se siente fuera de todo, en una soledad continua percibida por su peculiar lucidez. Una situación que reclamaba expresamente para sí un intelectual exiliado de niño a México, Tomás Segovia, quien se funde en el poeta errante de la *Divina Comedia*, en el viajero de Novalis, en el caminante de Antonio Machado, en el nómada de su serie poemática *Cuaderno del nómada*. Y permítanme una observación que no podré desarrollar aquí: ¿si no hay alusión histórica o geográfica alguna en el texto, cómo atribuir el sentido del extrañamiento que de él se desprenda a una peripecia de exiliado o a la tradición literaria? Y, en cualquier caso, ¿cómo puede el escritor exiliado real escapar de la tradición literaria del intelectual como extraño en la sociedad?

Universalismo. Ciudadanía. Extranjería. Tres posibilidades que, en principio, se nos aparecen al considerar las posturas posibles de los exilados. De esa pequeña muerte buscan escapar los escritores por medio de la literatura. Posiblemente en la poesía moderna sea Juan Ramón Jiménez quien más claramente personifique el exilio como universalismo, y ello es así porque su búsqueda de la esencialidad

poética tendió desde pronto a eliminar lo anecdótico de su poesía. En ciertos períodos reivindicó un andalucismo peculiar (el andaluz universal, llegó a llamarse a sí mismo) que conformó por influencia de los poetas postsimbolistas franceses del sudoeste, como Francis Jammes o Emmanuel Delbousquet, pero la poesía escrita en el exilio muestra una Andalucía más conformada que conformadora, más inventada que real.

Luis Cernuda recordaba a Larra cuando escribía en un poema «Escribir en España no es llorar, es morir», y ello debido a que se produce un vaciamiento de los conceptos: «porque muere la inspiración envuelta en humo». ¿Se trata de una pérdida de España o de la pérdida de la condición de escritor? Vicente Aleixandre, en un libro evidente del exilio interior, *Sombra del paraíso*, lamenta la pérdida de los amigos, la desaparición del mundo anterior, Cernuda en cambio afirma: «Vano sería dolerse del trabajo, la casa, los amigos perdidos / En aquel gran negocio demoniaco de la guerra» (Poema «La visita de Dios», ya que «España ha muerto» (Poema «Impresión de destierro»). Pero va incluso más allá. Si España ha muerto, todo lo español no es sino muerte y muertos: «...la tierra de los muertos, / Adonde ahora todo nace muerto, / Vive muerto y muere muerto».

En el famoso «Díptico español», de donde copio estos versos, leemos también:

La historia de mi tierra fue actuada
Por enemigos enconados de la vida.
El daño no es de ayer, ni tampoco de ahora,
Sino de siempre. Por eso es hoy
La existencia española, llegada al paroxismo,
Estúpida y cruel como su fiesta de los toros.

Hay, pues, una interpretación histórica del país que, en Luis Cernuda, supera el tema del exilio. La muerte de España no es producto de la guerra civil (hablaríamos entonces de la muerte de *una* España), sino esencial en sí misma. Tampoco el exilio es en verdad ya una pequeña muerte. El poeta, que se considera ya muerto en el poema «Un español habla de su tierra», confiesa (de nuevo en «Díptico español»): «Si yo soy español, lo soy / A la manera de aquellos que no pueden / Ser otra cosa». El poeta parece estar sin patria: «De todo me arrancaron. / Me dejan el destierro» (Poema «Un español habla de su tierra»). Sin embargo, afirma, en «Díptico español»: «No he cambiado de tierra, / Porque no es posible a quien su lengua une, / Hasta la muerte, al menester poesía».

Y, en la segunda parte del mismo poema, se sitúa Cernuda:

La real para ti no es esa España obscena y deprimente
En la que regentea hoy la canalla,
Sino esta España viva y siempre noble
Que Galdós en sus libros ha creado.

Si para Luis Cernuda la patria es la lengua, otro escritor, esta vez políglota, Jorge Semprún observa que su lengua no es la patria, sino el lenguaje. Importante matiz. Lo que nos une no es una lengua específica, el español, el francés, el catalán, cualquier otra, sino un modo de ordenar el pensamiento. Y eso no está en la superficie de la lengua, como pensaban los viejos románticos, sino en la estructura profunda que poseen quienes comparten una herencia cultural.

Quiero terminar recordando a un exiliado en México del que pocas veces hablamos, el filósofo Eduardo Nicol. En su libro de 1953 *La vocación humana* incluye un ensayo titulado «Conciencia de España». En él se interroga sobre el sentido de las continuas reflexión y discusión sobre el ser de España. «¿Y qué frutos ha arrojado este

ensimismamiento, esta labor de cincuenta años de hurgar y rebuscar en las entrañas presentes y pasadas el propio ser colectivo?». Se contesta en unas líneas que demuestran cómo, desde muy pronto, los intelectuales del exilio superaron la preocupación por España que seguimos en el país atribuyéndoles. Fueron más modernos, sensatos y cosmopolitas que nosotros muchas veces hoy. Finalizo con algunas de esas líneas de Eduardo Nicol que, estimo, nos dan una lección sobre la que debemos reflexionar todos y, especialmente, quienes sostienen responsabilidades políticas de todo tipo. Helas aquí:

Mientras uno se queda en la auto-contemplación, el propio ser se le hace siempre problemático: y cualquiera que sea el sentido de esta experiencia en la vida individual, es maligna para la vida de los pueblos. España *fue* más en los hallazgos histológicos de Cajal que en las reflexiones que este eminente fisiólogo dedicó a España. Lo que dice Unamuno sobre España no le importa a nadie fuera de ella: España no *es* en esas reflexiones y ocurrencias, sino en el *Sentimiento trágico*. Y si hoy en día la filosofía de los españoles consigue abrir un camino propio en la maraña de las doctrinas vivas y universales, si logra proponer teorías nuevas y verdades propias, España *será* en esas verdades y teorías nuevas, mucho más que en la continuación de esa «filosofía de la propia circunstancia», que es un asunto doméstico y no universal. Al mundo le importa el mensaje que un pueblo pronuncie en una situación histórica; no le importa lo que este pueblo pueda susurrar en soledad sobre sí mismo (Nicol, 1953: 205).

Hasta aquí Eduardo Nicol y hasta aquí yo mismo. ¿Nuestra reflexión sobre España tendrá que seguir siendo un encierro en el eterno retorno?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AUB, Max (1957), *Una nueva poesía española*, México: Imprenta Universitaria.
- BERGAMÍN, José (1941), *Detrás de la cruz. Terrorismo y persecución religiosa en España*, México: Séneca.
- CERNUDA, Luis (1974), *Poesía completa*, Derek Harris y Luis Maristany (Eds.), Barcelona: Barral editores.
- FIGUERA AYMERICH, Ángela (1958), *Belleza cruel*, México: Compañía General de Publicaciones.
- GUILLÉN, Claudio (1995), *El sol de los desterrados: literatura y exilio*, Barcelona: Quaderns Crema.
- HERNÁNDEZ, Miguel (2010), *Obra poética completa* (Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia (Eds.)), Madrid: Alianza editorial.
- HIKMET, Nazim (1957), *C'est un du métier que l'exil*, Paris: Les éditeurs Français Réunis.
- JULIÁ, Santos (2014), *Nosotros, los abajo firmantes. Una historia de España a través de manifiestos y protestas (1896-2013)*, Madrid: Círculo de Lectores (Galaxia Gutenberg).
- LEÓN FELIPE (2004), *Poesía completas*; Madrid: Visor.
- MARTÍNEZ ALLENDE, Francisco (1904), *Camino leal*, Juan Antonio Hormigón (Ed.), Madrid: Asociación de Directores de Escena de España.
- NICOL, Eduardo (1953), *Diccionario de términos asociados en teoría literaria*, México: El Colegio de México.
- SANTONJA, Gonzalo (1997), *Al otro lado del mar. Bergamín y la editorial Séneca (México, 1939-1949)*, Barcelona: Galaxia Gutenberg /Círculo de lectores.
- SCHOPENHAUER, A. (1964), *Métaphysique de l'amour. Métaphysique de la mort*; Paris: Union Générale d'Éditions.